

PUBLICADO EN LA VANGUARDIA Y HERALDO DE ARAGON EN JULIO DE 2006

## EL CNI SE COMPROMETIO A RECOMPENSAR A AL MAYALI DESPUES DE HABERLE ACUSADO SIN PRUEBAS DEL ATENTADO EN IRAK

Gervasio Sánchez

El atentado que el 29 de noviembre de 2003 costó la vida a siete militares del Centro Nacional de Inteligencia (CNI) en Latifiya (Irak) sigue envuelto en un manto de silencio. Ni el Ministerio de Defensa ni la Audiencia Nacional, que abrió una investigación unos días después del asesinato, ni el propio CNI han sido capaces de avanzar en la búsqueda de la verdad y hoy persisten muchas incógnitas sobre lo que ocurrió aquel aciago día.

El 4 de diciembre de 2003 el juez de la Audiencia Nacional, Fernando Andreu, decidió abrir una investigación ante lo que definió como un acto de terrorismo contra ciudadanos españoles fuera de nuestras fronteras.

El 13 de febrero de 2004, apenas dos meses después, dictó un sobreseimiento temporal aunque advirtió en su auto que, en caso de aparecer nuevos datos, podría reabrirse la causa y continuar con las diligencias.

El 22 de marzo, un mes y nueve días después, el traductor iraquí Flayeh al Mayali fue detenido en Base España de Diwaniya, interrogado, acusado de ser “colaborador necesario” en el atentado y trasladado cinco días después a la cárcel de Abu Graib, un penal bajo responsabilidad del ejército de Estados Unidos.

Ni el ministerio de Defensa ni el CNI informaron al juez Andreu de esta detención a pesar de la gravedad de las acusaciones. Tras pasar once meses encarcelado en los penales de Abu Graib y Um Qasar, Al Mayali fue liberado sin cargos en febrero de 2005.

En una entrevista publicada por Heraldo de Aragón cuatro días después de su liberación acusó a sus interrogadores de darle un trato inhumano y degradante con continuos golpes, insultos y amenazas de muerte.

El Ministerio de Defensa, encabezado por el entonces ministro José Bono, negó la versión del traductor y aseguró que éste había firmado unos documentos en los que reconocía que había sido bien tratado. “Me obligaron a firmar unos papeles que no pude leer”, fue la respuesta del ciudadano iraquí.

Amnistía Internacional exigió al gobierno que se investigase los posibles abusos. Convergencia i Unió e Izquierda Verde pidieron explicaciones en el Congreso de los Diputados. A pesar de la gravedad de las acusaciones, el juez Andreu no consideró pertinente reabrir el caso aunque admitió en privado que el Ministerio de Defensa podría estar cometiendo un delito por denegar asistencia a la justicia.

El evidente desinterés del PP y el PSOE, cuyos gobiernos estaban involucrados en la detención y la larga encarcelación del ciudadano iraquí, provocó que el caso se hundiese de nuevo en el olvido.

Otros ocho iraquíes, pertenecientes al subversivo ejército del Madhi, vinculado al imán radical Muqtada al Sader, fueron detenidos en Diwaniya en abril de 2004 y sometidos a tratos inhumanos y degradantes. Entre ellos estaban Nehad Hamid Hamza, Zuhir Gamashi Radi, Hasan Kadhim, Mohamed Jalil, Jalil Ibrahima Shie, Ali Yabir, Kadim Abdulhisin y Burcan Turquí.

Por su parte, el CNI aprovechó el respiro para ganar tiempo y prometió a Flayeh al Mayali, a través de intermediarios, buscar una solución a su caso. “Se han comprometido a exonerarme de las acusaciones y a indemnizarme”, explicó confiado Al Mayali en diciembre de 2005 en Bagdad a este periodista. Este comportamiento abyecto fue confirmado por fuentes cercanas al organismo de seguridad en distintas conversaciones telefónicas y personales. Una fuente fue más explícita: “Quieren cerrarle la boca para siempre”.

En noviembre de 2004, el CNI había asegurado a El País que Al Mayali “manejaba grandes sumas de dinero de origen incierto”, ocultando que el traductor había firmado desde el 15 de septiembre de 2003 hasta el 16 de marzo de 2004, apenas una semana antes de su detención, más de una decena de contratos con el ejército español valorados en 300.000 dólares, que le supuso unos beneficios netos de unos 70.000 dólares, según su propia estimación. Hoy en día Al Mayali sostiene que el Ministerio de Defensa aprovechó su detención y su encarcelamiento para dejarle a deber unos 30.000 dólares y todavía confía en su recuperación.

Los errores de los servicios secretos españoles en Irak comenzaron a producirse varios meses antes de la muerte de los siete miembros del CNI. “El más grave error de mi carrera fue no sustituir a nuestros agentes en Bagdad tras la caída del régimen de Sadam Husein”, ha reconocido en privado el diplomático Jorge Dezcallar, máximo responsable del CNI en el periodo en que se produjeron los dramáticos hechos. No obstante, este reconocimiento íntimo no ha impedido a Dezcallar continuar su meteórica carrera y hoy es un alto cargo de la compañía petrolera Repsol.

El comandante Alberto Martínez, muerto en la emboscada de Latifiya, y el sargento primero José Antonio Bernal, ambos agentes del CNI, regresaron a Bagdad días después de la caída de Sadam Husein en abril de 2003. Aunque se presentaban como agregados políticos de la embajada española, los servicios secretos iraquíes sabían cuál era su principal cometido en el país. Es muy posible que sus pasos fueran vigilados durante los días que predijeron el caos actual que sufre Irak.

Los ocho agentes secretos viajaron muy temprano en grupos de cuatro desde Diwaniya y Nayaf para encontrarse en Bagdad el día del atentado. A las nueve de la mañana tomaron juntos su primer café del día en la embajada española y después visitaron a otros compañeros militares en la sede de la Autoridad Provisional de la Coalición y en el aeropuerto de la capital.

Fuentes de máxima solvencia confirmaron que comieron en la antigua casa de Alberto Martínez, que estaba vacía por motivos de seguridad desde que un mes y medio antes el sargento primero Bernal fuese asesinado en la puerta de su domicilio.

Después de la comida, los ocho agentes iniciaron el regreso a sus bases en el sur. A la altura de Latifiya, a 30 kilómetros de Bagdad, fueron interceptados por un poderoso grupo armado y siete de ellos murieron en la brutal emboscada. Unos meses antes, dos periodistas de ABC y la agencia EFE sufrieron una ataque cerca de esa zona conocida como el triángulo de la muerte.

Alberto Martínez era un hombre muy querido pero también muy dado a realizar acciones imprudentes. Apenas tres semanas antes de su asesinato decidió viajar por tierra desde Bagdad hasta Ammán al suspenderse el puente aéreo que comunica ambas capitales. El militar desoyó los consejos de sus propios compañeros en la embajada española y realizó el largo viaje de mil kilómetros con el objetivo de llegar a tiempo para enlazar con un vuelo a Madrid. La decisión tampoco fue comprendida en la embajada española en Jordania.

El actual gobierno español decidió retirar todas las tropas españolas en mayo de 2004, incluidos los miembros de la inteligencia militar, lo que supuso el fin de cualquier tipo de investigación para aclarar los asesinatos. Al Mayali quedó olvidado en un penal iraquí con sus derechos conculcados.

Desde su liberación hace dos años y medio no ha vuelto a ser interrogado por ninguna persona relacionada con la supuesta investigación a pesar de que es fácil encontrarlo en la capital iraquí ya que trabaja como traductor oficial en el Consejo de Ministros.

Hace cuatro meses, Al Mayali actuó de traductor oficial entre un ministro iraquí y el embajador de España en Irak, Ignacio Rupérez. Debió ser curioso para el alto funcionario español someter sus palabras a la voluntad y a la traducción de un “colaborador necesario” en un atentado con siete españoles muertos. Si tuviera que viajar a España como traductor de una delegación iraquí, ¿en qué se basaría el estado español para prohibirle su entrada en el territorio nacional? ¿En la rocambolesca investigación llevada a cabo por el CNI? ¿O en la no investigación de la Audiencia Nacional?

FIN DE TEXTO

## UNA RELACION DE AMISTAD Y COLABORACION

Gervasio Sánchez

El traductor Al Mayali mantuvo con el comandante de caballería Alberto Martínez, principal responsable del CNI en Irak, una estrecha relación de trabajo y amistad desde que se conocieron en agosto de 2000 hasta que tres años después el militar español muriese en la emboscada de Latifiya.

Durante los dos primeros años el traductor mandaba cada día por fax al militar una reseña de prensa con las noticias más importantes y, además, le daba clases particulares de árabe. La relación de confianza entre ambos hombres se fue estrechando hasta tal punto que el militar permitió que el iraquí conociese y se relacionase con su mujer y su hijo adolescente durante el año que pasaron en Irak en 2001.

Martínez recuperó su relación con Al Mayali después de la caída de Sadam Husein e intentó por todos los medios que el traductor abandonase su relación laboral con periodistas españoles y trabajase bajo sus órdenes. Muchas tardes el agente acudía a casa de Al Mayali a recabar información o a que le tradujese algún documento.

Cuando Martínez recibió la orden de buscar una zona para el despliegue de los soldados españoles en Irak lo primero que hizo fue consultarlo con su amigo. El traductor sugirió al militar que la mejor zona posible era el área de Diwaniya de donde era originaria su familia tribal. “Al Mayali convenció a Martínez con unos argumentos de peso. Le dijo que su familia, con gran influencia en la zona, siempre podría poner en aviso sobre un ataque a la dotación militar”, comentó una persona que mantuvo una relación estrecha con ambos.

Cuando Martínez fue obligado a regresar a Irak en agosto de 2003 también visitó a su amigo. En sus conversaciones el traductor siempre le pedía prudencia al militar, especialmente cuando viajaba a la capital iraquí. “Eres muy conocido, Alberto. Muchos antiguos miembros de la Muhabarat, la policía secreta de Sadam Husein, se han pasado a la insurgencia”, le advirtió en varias ocasiones tras el asesinato en octubre de José Antonio Bernal. Martínez siempre respondía: “Es sólo una hipótesis”.

A mediados de septiembre de 2003, Martínez consiguió que Al Mayali aprovechara un día de asueto para citarse en Nayaf. El comandante Pérez Ucha, encargado de tarea de reconstrucción, le ofreció al traductor su primera oferta como contratista: la rehabilitación de la escuela Quods en la aldea de Abu Sajer, a 20 kilómetros de Nayaf. “Presenté un presupuesto de 15.656 dólares de los que me gasté 10.500 dólares en dotar a la escuela de todo lo necesario. Los cinco mil restantes fueron mi beneficio”, asegura el traductor.

Ante tan jugoso negocio abandonó un mes después su carrera como traductor de periodistas y se dedicó hasta el día de su detención a trabajar con las tropas españolas. Los dos últimos contratos por valor de 8.250 dólares los firmó el 16 de marzo de 2004, seis días antes de ser detenido. En este caso el interlocutor español fue el capitán Diego López, que había sustituido al comandante Pérez Ucha a mediados de diciembre.

Durante todos esos meses Al Mayali organizó y participó en reuniones políticas en Nayaf y Diwaniya. También se le llamó en alguna ocasión para sofocar situaciones de tensión entre los soldados españoles y los grupos chiíes más intransigentes.

Su relación con Alberto Martínez y el ejército español fue tan estrecha que “se ofreció a colaborar en la investigación del asesinato de Bernal”, según un amigo del traductor. El asesinato de Alberto Martínez lo sumió en un gran dolor. “Se encerró en su habitación y no habló con nadie durante tres días. Sólo lo había visto así cuando murió nuestro padre”, explicó Ryad al Mayali, hermano del detenido.

Miembros del equipo de investigación se pusieron en contacto con Al Mayali para pedirle ayuda. Aunque no tenía amistades en Latifiya utilizó toda su influencia para conocer quiénes podían estar detrás del sangriento atentado. Nueve días después, el 7 de diciembre de 2003, remitió un informe con los nombres de tres máximos responsables tribales del atentado, uno natural de Latifiya, Mayid Rashid, y dos de Faluya, Ayid Alwasaid y Jamal Al Nazari. El documento llegó al CNI a través de dos intermediarios.

Posteriormente, Al Mayali mandó informes con los nombres de personas implicadas en asaltos, robos o en acciones que podían poner en peligro la seguridad de las fuerzas españolas. “Eran muy completos escritos con gran rigurosidad y lujo de detalles”, explica uno de los intermediarios.

Su último informe tuvo que ver con la muerte del comandante de la guardia civil Gonzalo Pérez García, herido en un ataque el 22 de enero de 2004 al sur de Diwaniya y fallecido el 4 de febrero. Al Mayali consiguió el nombre del autor material de los disparos “con relativa rapidez”, según un intermediario que pasó su informe al CNI, gracias a la relación estrecha que mantenía con un jefe tribal de la zona.

FIN DE TEXTO